

EN SERIO./"Nuevo Mundo", Madrid, 8 mayo 1912/

EN SERIO

Estas últimas vacaciones de Semana Santa las he pasado en El Escorial, visitando el Real Monasterio de San Lorenzo, fundado por Felipe II, y que no es ni de estilo románico ni tampoco gótico, sino de otro. Y debo hacer constar que, visitando esa llamada octava maravilla, he podido convencerme de cuán acertado estuvo D. Servando Ruiz Gómez, ministro de Hacienda en tiempo de D. Amadeo I de Saboya, al asegurar que la culpa de los estragos que por incendio de rayo—ó sease chispa eléctrica atmosférica—ha sufrido el Real Monasterio, se debe á que Felipe II no lo protegió con pararrayos.

Bien sé que esta justa observación de D. Servando, ha dado que reír á los espíritus superficiales, arguyendo presuntuosamente que en tiempo de Felipe II *el Prudente*, no se había aún descubierto el pararrayos, ni había nacido siquiera el abuelo de Benjamín Franklin, que lo descubrió; pero á esta objeción, puramente anecdótica, cabe responder que debió haberse inventado y que la culpa de no haberlo hecho es del caliginoso espíritu de la España de aquella época. Espíritu que, desgraciadamente, parece no querer cambiar.

Sí, en efecto, en aquella nuestra llamada edad de oro, en vez de haber perdido el tiempo nuestros ingenios en cosas de arte, de literatura, de teología, de mística, (!!!) de guerra y otras futilidades por el estilo, se hubiesen dedicado á la Ciencia, es casi seguro que habrían descubierto el pararrayos, el radio, la telegrafía sin hilos, la cura antiséptica, el impermeable ó la fosforera mecánica, mucho antes que lo han sido después. Porque inteligencia para ello les sobraba. Pero despreciaron la Ciencia, y de aquí provienen nuestras desgracias todas. Y las que nos aguardan.

Por no haberse dedicado á la Ciencia nuestros antepasados, nos derrotó el mariscal Sucre, gran científico, en Ayacucho, y sabido es que quien nos echó de Cuba y de Filipinas fueron las matemáticas, la física y la química que los yanquis han aprendido de los almanes, que es de los únicos de quienes tales cosas se aprende. El binomio de Newton derrotó á las coplas de Jorge Manrique, ó si se quiere, á *Las Moradas* de Santa Teresa. ¡Terrible expiación!, ¡Fatídica Némesis!

No se ve en todo el Real Monasterio de San Lorenzo una torre construida *exprofeso* para observatorio meteorológico ó astronómico. En cambio, preside el gran salón de la biblioteca el retrato de un tal P. Sigüenza, jerónimo, que mientras se construyó el Monasterio escribía una *Historia de la Orden de San Jerónimo*, que en la nueva edición de la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» ocupa dos fuertes tomos de 1.240 páginas, bien apretadas de letra, entre los dos. Prolija obra que han tenido la paciencia de leer por entero algunos desorientados como yo, para recrearnos en lo sobrio, limpio y apacible de su estilo y en las innumerables bellezas literarias de su relato.

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS USALÉS

He leído, en efecto, esa obra; pero como mi casa no tiene pararrayos, si mientras estaba leyéndola y gozándome en su lectura, me cae un rayo encima, me hace cisco; mientras que si mi casa tuviese pararrayos, podría, sin temor alguno, aburrirme á mis anchas en ella, estudiando geometría meta-euclidiana.

Y si algún descontento me saliese al paso, diciéndome que se puede muy bien leer la obra del P. Sigüenza, al amparo de un pararrayos, le diré que aborrezco los infames contubernios y que á ese sofisma contestaré otra vez. Y ya se sabe lo que esto de aplazar una contestación quiero decir.

El tal P. Sigüenza creyó, acaso, dejarnos una cosa bella y nos la dejó. Y una cosa bella es, según Keats—un poeta, es decir, casi un místico—un goce para siempre.

A thing of beauty is a joy for ever.

Pero el buen padre jerónimo no se percató de que nuestro tradicional desvió hacia la Ciencia—esto es, la CIENCIA—habría de ser el origen de nuestras desgracias y, entre ellas, de los incendios del Escorial.

Y menos mal si estuviésemos aún á tiempo de corregirnos. Para lo cual, lo primero es aprender alemán.



Y ahora quiero decir algo del éxito, para mí tan imprevisto como halagüeño, que han tenido mis dos anteriores artículos, en este semanario.

Parte del primero, de aquel puñado de verdades no paradógicas, lo he visto reproducido en un semanario de Cáceres—republicano, ¡por supuesto!—pero sin la esencialísima coletilla que le puse. Y esto no está bien. Porque á cada cual nuevo maestro y que me tengo bien merecida su reprimenda, que tanto bien me ha hecho.

¡Qué bien hacía aquel profundo pensador, que fué Taboada, en titular sus artículos, *En broma!* Y siguiendo tan cauta prevención, debería yo, cuando publico uno de esos trabajos graves y profundos que con tanta justicia me han valido el mote de genial pensador, publicarlos en letra ordinaria, como ésta; cuando haga algo humorístico, ó siquiera irónico, en letra bastardilla, y cuando escriba á la vez en serio y en broma, de consuno—y será lo más frecuente, pues tengo la enfermedad de reirme llorando, ó de llorar riéndome, ó más bien, de reirme por no llorar—entonces en letra versalita. Así ayudaré á la perspicacia de una buena parte de mis lectores, poniéndoles en guardia.

Porque, la verdad, sentido más agudo y vivo para el humorismo que el de nuestro pueblo, no lo he conocido. Sólo que es menester despertarlo, mediante una advertencia previa ó un subrayado, pues suele estar dormido. Y si está dormido, es por culpa de lo ya dicho, es, á saber, por no haberse dedicado nuestros antepasados á la Ciencia, por culpa de aquel hórrido y anticultural misticismo que les corroía. ¡El misticismo! Tal es el enemigo. ¿Qué puede esperarse de un místico? ¡Mistiquerías!

Y como este escrito es de los serios, de los más serios que he escrito, va en letra ordinaria. Este escrito es, en efecto, de los más serios que he hecho, pues en tratándose de la CIENCIA, no caben bromas. ¡Buena es ella para aguantarlas!

MIGUEL DE UNAMUNO

En serio

3-107



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES